Blanca, la paloma

Alberto Llanes

Ilustraciones de Alfonso Cabrera

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Blanca, la paloma

Universidad de Colima
Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector
Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General
Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social
Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

Blanca, la paloma

Alberto Llanes

Ilustraciones de Alfonso Cabrera

Universidad de Colima

©Universidad de Colima, 2023
Avenida Universidad 333
C.P. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
www.ucol.mx

Derechos reservados conforme a la ley
Impreso en México / Printed in Mexico

ISBN electrónico: 978-607-8814-94-7
DOI: 10.53897/LI.2023.0026.UCOL
5E.1.1/32200/043/2023 Edición de publicación no periódico

Este libro está bajo la licencia de Creative Commons , Atribución – NoComercial – CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
This work is licensed under a Creative Commons Attribution – NonCommercial – ShareAlike 4.0 International License.
You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: LI-016-21
Recibido: Noviembre de 2021
Publicado: Diciembre de 2023

Dedicatoria

En primer lugar, este libro se lo quiero dedicar a mi tía Coca o, como era conocida por todos y todas: Socorrito; ella tenía esta historia escrita en dos páginas de una libreta forma italiana que, al transcribirlas, en Word, se hicieron nada; me dijo que le metiera mano, que hiciera con este cuento lo que yo quisiera, entonces, y poco a poco, fui tejiendo esta historia. Al concluirla se la leí, se botaba de la risa con los dislates que escribí, aderecé, engarcé y coloqué en su relato. Ella me mostraba una foto de cuando Jorge Negrete la cargó en brazos —para quienes no conocieron a Socorrito, vivió toda su vida postrada en una silla de ruedas, consecuencia de la poliomielitis—. Sin embargo, Coquita, siempre fue un ejemplo de batalla constante; entonces, a consecuencia de esa foto, se me hizo curioso agregar el, vamos a llamarle así, altercado musical coplero que tienen Jorge Negrete y Pedro Infante en aquella famosa película titulada Dos tipos de cuidado*; debo decir que yo, en lo personal, soy mucho más fan de Pedro Infante que de Jorge Negrete, así que, si lo vemos por este lado, Coca sería Jorge Negrete y yo Pedro Infante.*

Extraño mucho a mi tía Coca porque siempre era muy alegre. Nunca tuve una disputa con ella, salvo en ocasiones excesivas

cuando mostraba su amor por el América; debo confesar que yo, en algún momento, también le fui a ese equipo, obviamente por influencia familiar, pero llegó a mi vida el Toros Neza y ahí me quedé estacionado. Coca era americanista de hueso azulcrema. Sentía que me quería mucho, a mi hermano también y, cuando nacieron nuestros hijos, Coca los cuidaba como una madre a sus hijos, incluso a nosotros, podría decir que era una segunda mamá. El año 2020 nos quitó a dos pilares de nuestra casa y, créanme, esto ya no es lo mismo, nos hacen mucha falta; la siguiente persona a la que le quiero dedicar este nuevo libro es a mi mamá, porque en mi vida fueron y siguen siendo mi mamá y Coca, Coca y mi mamá, siempre juntas, siempre a la par.

Le dedico el libro también a mi papá, otro pilar importante de mi vida y de mi formación, sin su apoyo y sin el apoyo de todas estas personas yo no sería nadie, nada. A mis abuelos que ya están descansando y a todos mis familiares, amigos, amigas, conocidos y por conocer, para todos y todas ustedes van estas letras, esta historia, este esfuerzo.

Agradezco a la vida haberme encontrado con Mirna Bonós, quien ha sido guía, apoyo, magia, tesón, dedicación, amor, compañía, y no sé qué adjetivos más, porque es una gran mujer y porque es la madre de mis dos chamacos a quienes también les agradezco el apoyo, cariño, afecto y comprensión y, desde ahorita les digo, si les he gritado, alzado la voz, hablado fuerte, incluso dado un par de nalgadas, ha sido para inculcarles ciertos valores que yo considero no se deben de perder, porque ya estamos demasiado podridos como para seguir dándole a este mundo dos hombres más que jodan al prójimo en lugar de que lo ayuden. Espero estar haciendo una buena labor como padre.

Coquita y mamá van a ver publicado este libro en otra dimensión; así es que, Coquita, lo logramos, tu historia de La paloma Blanca *se leerá y espero que sea del agrado de cada uno y de cada una de las personas que se acerquen a este libro, que lo abran, que lo lean, que lo huelan que se contagien de él, porque la lectura nos puede dar por contagio textual. Muchas gracias.*

Es inevitable que al evocar su recuerdo derrame algunas, muchas lágrimas. Por último, agradecer a mi casa de estudios: la Universidad de Colima, al rector Christian Jorge Torrez Ortiz Zermeño, a la exdirectora de Publicaciones, Gloria Guillermina Araiza Torres, y a la directora actual del lugar donde trabajé por catorce años, Ana Karina Robles Gómez, enhorabuena para todos y para todas.

Febrero, 2023

I: Introito

No hace mucho que, en el centro de la ciudad de Colima, había una pareja de palomas; palomo y paloma, respectivamente, se veían muy enamorados y, en efecto, lo estaban, hicieron su nido en una nave de la catedral ubicada en el mero corazón de nuestro estado y que ha resultado con algunas fracturas a consecuencia de los terremotos, porque vivimos en una zona sísmica, en fin, aquí lo importante ahora no son las torres, ni la estructura, ni el estilo de la catedral y mucho menos los temblores —ya se encargará protección civil de ello, o quien se tenga que encargar—; no, aquí más bien lo verdaderamente importante son estos dos palomos enamorados que, aprovechando su vuelo, hicieron su nido allá, en todo lo alto y lejos del alcance de miradas, de niños, de personas, de transeúntes, de humanos que todo destruimos e, incluso, lejos de tantísimo calor colimense.

Ahí, los palomos, tuvieron cinco palomitos que primero fueron huevos hasta que vieron la luz del día y oyeron las primeras campanadas de

la catedral. Los palomos papás, muy orondos, volaban de aquí para allá, de allá para aquí como festejando.

Yo vi salir de su nidito uno a uno a los cinco palomos, y los fui contando, uno… dos… tres… cuatro… cinco…, pero ese cinco… una palomita, no se veía del todo bien; a la distancia pude notar que una de sus patitas no se le alcanzó a desarrollar, se le veía cojeando al dar sus pasitos.

De pronto me di cuenta de que sus hermanitos, palomos diversos y de colores variados, le hacían *bullying*, vaya, no tanto *bullying* como lo conocemos en estos días, pero sí la hacían a un lado, la rechazaban y, de cierta manera, no la hacían partícipe de sus aventuras de palomos bebés y se lo hacían saber o dejar en claro de una manera muy especial.

A los papás poco a poco se les fue quitando lo orondo y como que entendían la situación, así que, haciendo gala de una destreza *palomística* y casi de acto circense, con vuelo acrobático y toda la cosa, se llevaron a la palomita blanca a otra nave de la misma catedral, sí, esa misma que ha sido, algunas

veces, afectada por los sismos, pero que sigue ahí, reconstruida por la mano del hombre y más altiva que nunca y siendo más catedral que nunca también, pero bueno, esta historia no es de la catedral sino que es de la paloma Blanca y su desventura… ¿negra?, quizá.

II

Decía que los padres de Blanca, la paloma, personaje central de este drama estilo tragicomedia con tintes telenovelescos, y que así se llamaba para aderezarlo todo, se la llevaron a otra nave de la catedral, porque la catedral tiene mucho espacio para que no sólo esta parvada pueda estar ahí, sino para albergar a muchos más. Es como una casotota grande de esas de Altozano, una mansión, no como esas casititas de interés social del Infonavit que tardas años en liquidar.

Los papás de Blanca la llevaron a ese otro lugar porque acá siempre estaba triste, no comía bien y sus hermanos palomos la seguían haciendo menos sólo por tener ese pequeño detalle en una de sus patitas. Sin embargo, Blanca era perfectamente normal.

Ahí, en este otro nuevo lugar, Blanca creció y se puso muy bonita y blanca y muy plumitas por todos lados y muy horonda también, como sus papás, ahí, en esa otra nave de la iglesia, nadie la hacía menos y todo le iba, digamos que, bastante bien. Nadie se daba cuenta de su patita.

Poco a poco fueron llegando otras palomas, repito, esa catedral alberga o puede albergar a un montón de pichones más; Blanca fue creciendo, se hacía más bonita, pero pensó que no podría hacer migas con esa nueva generación de palomas y, menos, con su patita así —eso pensaba ella—, porque sufrió el

rechazo en paloma persona —por decirlo así— de sus propios hermanos.

Tenía miedo de que se burlaran de ella y le pasara lo mismo que con su propia familia que, sobra decir, carcajadas más, carcajadas menos, la rechazaron sin siquiera tratarla, vaya hermanos que le tocaron; de pronto Blanca empezó a esconderse, no se le veía tanto como antes porque imaginó lo peor de los demás integrantes y que la iban, inevitablemente, a volver a rechazar y, desde ahí, desde su escondite, nido hecho a base de ramitas, lodo, hojitas y demás, Blanca observaba todo lo que pasaba a su alrededor; ahí, había un grupo y entre ese grupo de palomas había dos palomos que llamaron su atención; uno era un palomo muy bello, muy plumitas también, muy hábil en varias cosas, fuerte, pecho blanquito, ojos vivarachos y patas firmes pero tenía un pequeño defecto, no físico, no, sino que era medio altivo, engreído, se sentía el último palomo del desierto, pues.

Por otro lado, estaba el palomo al que yo le puse de nombre Eduardo, ajá, igualito al nombre del actor ese de la telenovela *Corazón salvaje*, el tal Juan del Diablo. Éste no era tan osado como aquél, quizá no era tan galán como aquél, ni tan plumitas, pero era carismático, sencillo y dueño de una dulce voz, sí, también era guapo.

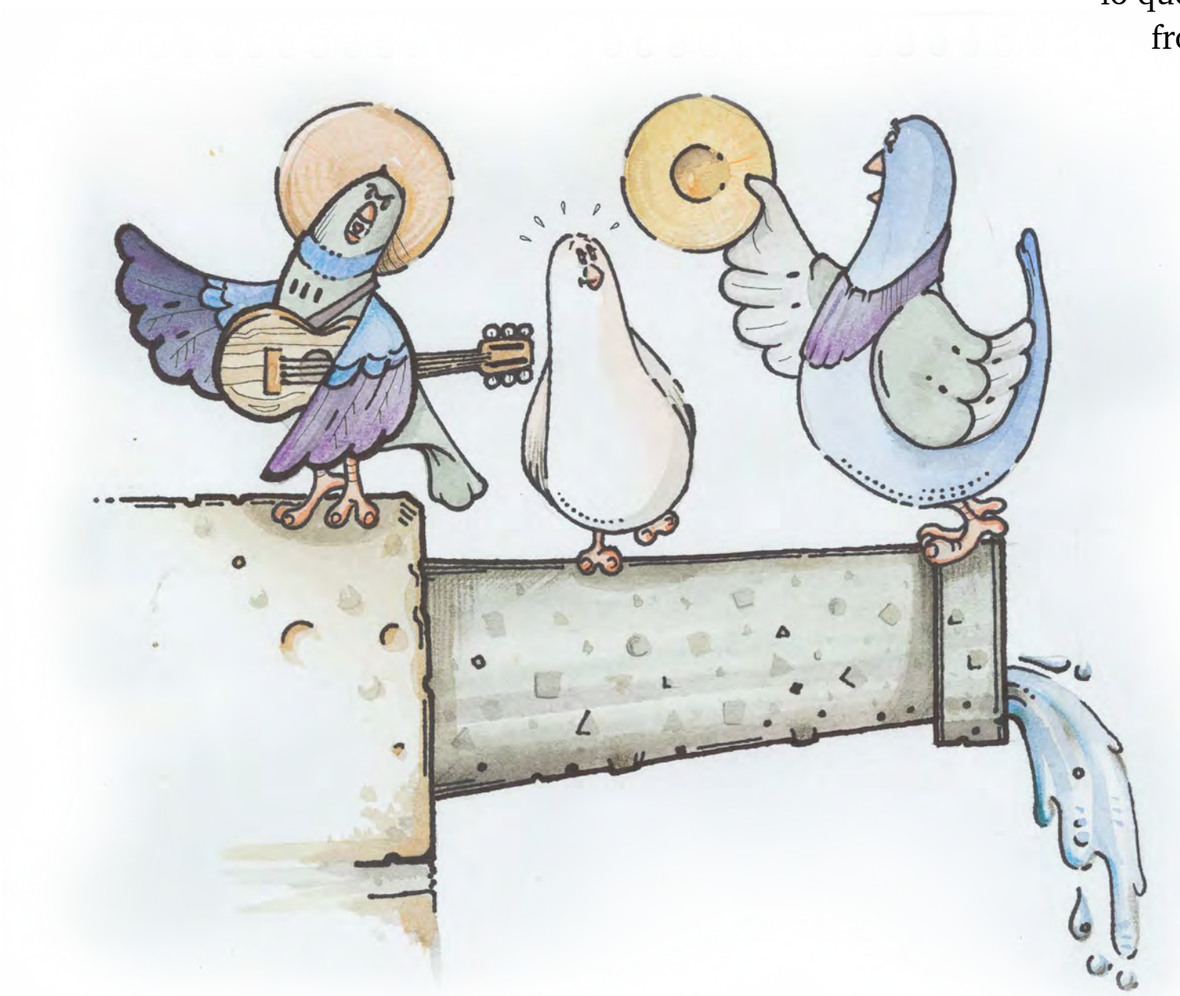
III

Blanca pensó, y pensó bien, que esos palomos por muy bueno que fuera uno y muy malo que fuera el otro, le iban a traer problemas. Hasta se los imaginó en esa escena para la historia donde Pedro Infante y Jorge Negrete, en la película *Dos tipos de cuidado**, se enfrascan en una reyerta musical…

La escena es la siguiente:

Dos amigos que ahora no son tan amigos se encuentran luego de que uno se casó con la mujer del otro —pero en realidad está enamorado de su hermana—; este otro amigo a su vez está pidiendo la mano de la hija del general, papel interpretado por el actor José Elías Moreno.

Los amigos, ahora no tan amigos, se ven e intercambian algunas palabras, miradas de odio el



*Rodríguez Ruelas, Ismael (Director). (1953). *Dos tipos de cuidado* [Película]. Estudios Churubusco.

uno, en tanto que el otro Pedro «Malo» Infante, que fue quien se casó con la novia de Jorge «Bueno» Negrete, se sonríe muy quitado de la pena, muy como *aquí no ha pasado nada*.

Pedro Malo fue invitado a la fiesta donde se anunciaría que la hija del general se casaría con un buen partido «Jorge Bueno» y fue invitado para ir a cantar. En eso y después de que se pide la mano de la hija del general, el mismo general le propone a «Pedro Malo» que interprete una melodía: «que le eche una flor a la feliz pareja, pues». Por lo que Pedro Malo se emociona y se frota las manos, ríe desvergonzadamente y piensa que ahora es *cuando chile verde le has de dar sabor al caldo…* y entona unas muy bonitas coplas que, según él, ya las tenía preparadas —dice—.

Entonces, se da un duelo mano a mano tanto de actuación como de canto, improvisación y de todo lo demás entre Pedro Infante «el ídolo de Guamúchil, actor y cantante popular, de barrio pues» y Jorge Negrete «tenor, cantante, hacendado e

ídolo de Guanajuato, adinerado siempre, pues».
Las coplas las transcribo a continuación:

La gente dice sincera cada que… se hace un casorio.
Que el novio siempre la quiera,
si no que le hagan velorio.
Para esta novia no hay pena pues va a tener buen marido.
Porque bueno es cosa buena.
Por lo menos de apellido.
Jorge Bueno, es muy bueno, hijo de bueno también.
Y su abuelo, ay qué bueno quién se llamara como él.

«Échenle, pero más arriba»
Procuraré ser tan bueno como dice mi apellido.
Que se trague su veneno el que velorio ha pedido.
Pedro es Malo de apellido retachar es su cuarteta.
Él nomás es presumido porque no es malo es… maleta.
Pedro Malo, es muy malo, malo por obligación.
Y su abuelo, uy qué malo, hay que comprarle su lión.

En una mañana de oro alguien nublaba el paisaje.
Eran un cuervo y un loro arrancándose el plumaje.
Hay que olvidar lo pasado si la culpable es la suerte.
Que bueno y malo mezclado en regular se convierte.
Yo soy malo, no lo niego, pero quisiera mezclar.
Malo y bueno, por si sale, algo que sea regular.

Cierto alacrán de carroña un colmenar visitaba.
Para ver si la ponzoña con la miel se le quitaba.
Como no será lo bueno para el placer del malvado.
Con la miel y su veneno hoy anda el pobre purgado.
Que lo entienda quien lo entienda si es que lo sabe entender.
Y si acaso no lo entiende.
Hay que obligarlo a entender.

Te consta que no soy tonto como tú… lo has presumido.

Tonto no sí entrometido… por el hambre… de amistades.

El hambre siempre la calmo con el manjar del amigo.

Méndigo es sí y no mendigo el que roba a sus amigos.

Tú lo dices.

Lo sostengo.

No te vayas a cansar.

No le saques.

Sí le saco.

*Pues se acabó este cantar.**

*Autores: Manuel Esperón y Pedro de Urdimalas.

IV

Blanca salió de su escondite temblando de miedo. Tanto el recuerdo de la escena, como el de los palomos, la habían puesto muy mal. Como con un leve ataque de ansiedad que calmó con un ejercicio de respiración antes de decidir beber sus gotas de *Clonazepam*.

Renqueaba de su patita más de lo que es su costumbre. Blanca trató de pasar desapercibida pero no pudo, algo la hizo dudar y trastabilló, llamando así la atención de los palomos que, al calor de la primavera, esperaban una sola oportunidad para regocijarse frente a la paloma, literalmente.

Al escapar o salir del nido, Blanca tropezó y agitó sus alas sobremanera para recuperar el movimiento y el equilibrio. Por lo que los palomos pronto volaron en su auxilio y aprovecharon para presentarse ante ella; ambos se quedaron admirados ante su belleza, hay que destacar que Blanca tenía buena pierna y pechuga, no como esas mini pechuguitas del *Pollo Feliz* que, dicho sea de paso, ¡qué felicidad van a tener si es que tuvieran conciencia de que serían devorados por un público voraz al que le encanta el pollo! En fin, este tema es para otro cuento de largo aliento a pollo. Porque ahorita estamos hablando de palomos.

Blanca se llenó de timidez al ver a los palomos altivos ante ella, pero se sacudió el miedo, el pudor y todo lo *palomamente sacudible* y se hizo muy dueña de la situación, muy paloma de

la situación, muy así, *palomota* como la de Juan Soriano de la situación y dejó bien apantallados a los *palomuchos* aquéllos.

Ellos trataron de hacer amistad luego de que, como en la escena de Pedro Malo y Jorge Bueno, al imitarla, casi casi se agarran a moquetes; Blanquita aprovechó el desaguisado entre ellos y emprendió la paloma huida o, vaya, la graciosa huida en busca de sus padres, a quienes hacía tiempo que no visitaba.

El nido, a lo lejos, se veía solo, vacío, sus hermanos palomos andaban de picaflor con otras palomas y sus pobres padres se encontraban buscando la comida del día a día para los nietos palomos que estaban a punto de ver la luz o, como se dice *pájaramente*, para salir del cascarón.

V

Blanca voló, sí, su patita podría tener un pequeñísimo detalle… pero sus alitas, esas las tenía perfectas, así que voló del nido, dio una vuelta, dos; no veía por ningún lado a sus papás, pensó que estarían con la señora en silla de ruedas que siempre les daba de comer, fue hasta allá y nada, en eso, dando la vuelta al andador Constitución, huyendo de un maldito niño que la perseguía y la quería atrapar, allá, por el estacionamiento de pisos, vio un nido nuevo donde sus pobres padres estaban metidos resguardándose de *la calor* colimota.

Justamente, sus padres, venían de comer viandas que la señora de la silla de ruedas siempre les ofrecía: maíz palomero triturado. Paloma sí come maíz palomero, en este caso.

La mamá de Blanca al verla, porque Blanca iba toda despavorida o *palomavorida* porque el otro término sería más bien para un pavo, le preguntó:

—Blanquita del alma mía, hijita de mis entrañas… patrañas, ¿qué te pasa?, ¿por qué vienes agitada y *corrienvolandito*…?

Ella le dijo que se había topado por vez primera con un par de palomos que iban, al parecer, tras de sus huesitos y tras de sus plumitas blancas de paloma blanca como las de su mismo nombre.

Blanca le explicó a su madre Altagracia que le dio miedo y voló de regreso al nido de sus padres, le dio miedo verse con esos palomos, que se rieran de su patita, que se burlaran, que por eso trataba de esconderla y elevarla, alejarla de la vista de los galanes, de los palomos guapos, de ellos que todo lo tenían bien y sin defectos físicos, y no como ella. Incluso, levantaba la patita para que no la viera nadie, nadie, nadie…

Altagracia le explicó a Blanca que: «No todos los palomos o palomas son o tienen que ser malos»; —y continuó—. «En esta viña del Señor hay de todo y para todos, no tienes porqué tener miedo», agregó la mamá paloma muy mamá paloma de

Blanquita, *como su nombre tan puro y sin mancha* dijera el gran mimo de México en alguna de sus películas.

—Tienes que aprender a perder el miedo, *mija*, el que te quiera, te va a querer, así como eres, el que no, sólo buscará diversión de un rato, y tú no eres para un rato, *tú vales mucho y mereces respeto*.

La mamá se acordó que, por la década de los años ochenta y, cuando la televisión no era tan basura como lo es hoy en día, había unos comerciales que soltaban esta frase, agregando algo así como: *ojo, mucho, ojo*. Y pensó que ahorita podría ser o sonar como una frase bien matona para darle un poquito de seguridad y confianza, sobre todo esto, con-fian-za, a su hija.

Además, la sacrosanta madre agregó: «Tú eres una paloma muy bonita, sí, tienes una patita que no es como la del resto de palomos, pero eso no tiene la *menor importancia* —aquí, la mamá emuló a don Arturo de Córdova—, eres una paloma perfectamente normal como el resto de tu palomo cuerpo y de tu mente. Algún día te faltaremos tu papá y yo y no puedes, ni debes quedarte sola, a menos de que eso, quedarte sola, sea una decisión tuya y nada más que tuya y solamente tuya, así que debes enfrentar tus miedos y ser mucho más fuerte que ellos».

A Blanca le cayó el *veintonón* en la cabeza blanca como su nombre y se fue del nido paterno con cierto miedo, sí, pero segura de tomar su propia decisión; no habló mucho con su padre porque su confidente era, precisamente, su mamá.

VI

Así que voló blancamente con toda la blancura de sus alas blancas y se posó en un ventanal de la capilla de su iglesia; ahí, pensativa, se puso a admirar el verdor del paisaje, el ir y venir de la gente, el correr de los niños, el suave aroma del agua de la fuente al mojar la tierra, la brisa refrescante de esa misma agua al chapotear y salir disparada y como a chorros, el intenso trajín de vehículos que van y vienen al parecer sin dirección precisa; se puso también a admirar a sus congéneres que comían plácidamente del suelo los mendrugos de pan, ajonjolí o maíz que la gente les lanzaba y se puso a observar a la señora de la silla de ruedas que a veces era quien les arrojaba esos mendrugos de comida y todo era felicidad.

En eso estaba Blanca, la paloma blanca, cuando sus dos enamorados se presentaron ante ella, imponentes, galanazos *como dice la chaviza*, uno por cada lado suyo; ambos le proponían a Blanca conocerse, volar, viajar por lugares bonitos, por ríos, por lagunas e incluso ir a ver al mar. Blanca no conocía el mar.

Colima, y Blanca lo sabía por puras oídas, era espectacular porque en la mañana podrías estar desayunando en el bosque; por decir un ejemplo, en una zona arbolada, fresca y tranquila, libre de ruidos de coche y de gente… y por la tarde puedes estar comiendo a un ladito del mar, imponente mar, inmenso mar…, así de hermoso es.

Alguno de sus galanes le propuso ir con un humano que los ayudaría en su viaje; Blanca pensó que esa posibilidad les traería problemas; también entendió las palabras de su madre y eso de no tener miedo, de afrontarlos y entonces aceptó ir.

Los tres emprendieron el vuelo y llegaron a un pueblo solitario donde vivía el joven que les iba a ayudar; había, como se puede esperar de un pueblito, pocos, muy pocos habitantes.

Blanca aleteó en la ventana y se asomó un joven que al reconocer a la parvada fue hacia ellos. Blanca se posó rápido en su mano, como si lo conocieran de toda la vida. En cuanto el joven abrió la ventana, afuera, Malo y Bueno se asombraban de que existiera una relación sana entre un humano y una paloma «así, sin conocerse» y con sana me refiero a que el humano no la estuviera hostigando y, menos, a que la tuviese encerrada en una jaulita todo el tiempo. Esa vida no es vida. El humano se dio cuenta de que no era la parvada que solía venir con regularidad

a visitarlo, pero los aceptó con mucho agrado.

El humano, en lenguaje muy palomo, le dijo a Blanca: «Que por qué la insistencia al tocar la ventana». Blanca comentó que: «Algunos compañeros la traían», no dijo la palabra amigos, pero sí compañeros, y agregó que: «Estaban en busca de nuevos horizontes y, tal vez, de muchas aventuras y querían conocer el valle y que si por favor, por favor, por favor, por favorcito… podrían quedarse a dormir en el quicio de la ventana»; Blanca prometió que no harían mucho ruido ni tanto cagadero… y el humano prometió darles ese cobijo y algo de pan y agua.

Así que, ante la consigna de: «Tus amigos son amigos míos», el humano ofreció lo que ofreció y ahí dejó al trío de palomos que descasaran del largo viaje, en el quicio de la ventana, para que, al otro día, pudieran conocer todo lo que venían a ver… y disfrutarlo.

Al siguiente día fueron a la montaña, ese fue el sitio elegido. El espectáculo se veía precioso, la luz del día era brillante como un collar de piedras preciosas y los árboles presentaban sus hojas de múltiples colores. El humano salió con ellos, él iba a pescar su comida de la tarde. El valle era demasiado grande y muy bonito, pero aun era más bonita la compañía de Bueno y de Malo; Blanca ni se acordaba de su patita, ni ellos tampoco. Todo era vuelo, compañía, felicidad, canciones… Volaban lejos y a veces alto, otras veces lo hacían bajito, poco a poco fue naciendo un sentimiento más profundo y fuerte en este trío, pero en esta vida y en la de las palomas también, todo tiene un principio y un fin. El humano se dedicó a lo suyo y dejó que el libre vuelo de los pájaros los alejara… los dejó disfrutar.

Los palomos ya no quisieron regresar a la iglesia y se quedaron por ahí, tomando unas vacaciones eternas; la verdad era que disfrutaban mucho del paisaje y eso, en su ciudad, no lo iban a encontrar, no como lo estaban viendo y disfrutando ahí, tan al alcance de sus manos, bueno, de sus alas, así que ahí aguardaron y fueron poco a poco pasando los días.

VII

Una semana después y de pronto, llegó una parvada de palomos a instalarse a ese lugar; movidos por quién sabe qué razones, de seguro el sitio se promocionaba como un *resort* de mucho renombre y es que la verdad era un lugar muy hermoso para visitar y no sólo eso, sino para quedarse a vivir. Esto último lo pensaron también los palomos.

Blanca y sus amigos descubrieron a la nueva parvada paloma cuando regresaban de dar un viaje bastante largo, venían juegue y juegue… cante y cante… aletee y aletee, cuando descubrieron a estos nuevos palomos, habían ido a visitar el lugar más hermoso de ese valle. Blanca se sintió la paloma más afortunada por compartir parte del mundo con dos galanazos palomos que la llenaban de cortesías y a los que no les importaba su patita.

Entre los palomos recién llegados había dos palomitas muy hermosas, mucho más jóvenes que Blanca; ellas la vieron, se acercaron entre ambas, se secretearon algo y cuando vieron a los demás palomos también se dijeron algo, en secreto y lanzaron una mirada entre altiva y lisonjera.

Blanca creyó que esas palomas le traerían severos problemas o que la iban a meter en ciertas dificultades cuando todo era felicidad en su vida de aburrimiento, hasta ahora. Las palomas en cuanto vieron a Bueno y a Malo empezaron con sus

chicoleos… *que si eran una rosa de mayo, que si eran sus ojos 'noturnos' luceros*... como dice el poema. Blanca *a todo esto callaba*… también como dice el mismo poema… pero ellas eran unas resbalosas e insistían y… como estaban bien de todo su palomo cuerpo pues más.

Hay razones que el corazón no entiende; por muy paloma Blanca que seas y todo, el corazón es cosa seria. Así que Blanca se alejó un tanto de ambos palomos que, ante la vorágine de lanzamientos e invitaciones de las otras palomas a sus amigos Bueno y Malo y éstos siendo machos, a final de cuenta varones «si varones se les puede decir», no se resistían a los encantos de estas lanzadas y emplumadas amigas.

Entonces Bueno y Malo llevaron a las palomas gemelas a dar una vuelta, eran casi idénticas a Ivonne e Ivette, esas cantantes de la década de los años ochenta, flaquitas flaquitas y que interpretaban música infantil y, de hecho, conducían en los veranos y cuando las vacaciones eran casi de tres meses, el programa «Supervacaciones» que intercalaban con las caricaturas favoritas…, en fin. Allá se fueron, volando…

Blanca, pues, se quedó solita y voló por el valle por su cuenta… sabiendo que en la catedral tenía un nido que, quizá, no había sido invadido por ningún palomo paracaidista, de lo contrario… tenía que rehacer su nido y, por ende, regresar a la capital del hermoso estado de Colima porque sus amigos la habían dejado literalmente sola... Y mientras tanto, revoloteando por todos lados… Bueno y Malo se daban la gran vida con las palomas nuevas y que estaban bien y completitas de todo su pájaro y palomo cuerpo…

Las palomas gemelas se quedaron pasmadas de emoción al conocer la grandeza y hermosura de los lugares que Malo y Bueno, Bueno y Malo, ya habían recorrido con Blanquita y ahora re-conocían con ellas; al cabo como dice la copla… «Bueno y Malo mezclado puede que se convierta en Regular». Y aquéllas se quedaron atónitas al ver tanto verde, tanta vida, tanta flora y fauna que no conocían y, menos, habían visto antes.

Ivonne e Ivette además de resbalosas eran intrigantes, porque cuando Malo y Bueno hablaban o querían decir algo referente a Blanca, ellas de inmediato decían que: «Por eso, justo por eso, ellos dos, Malo y Bueno habían dejado sola a su amiga y andaban ahora con ellas, porque ellas, ellas estaban bien y no tenían ningún defecto en su ovíparo cuerpo»…, así decían.

Y entonces se paraban frente a ellos dos… y se mostraban de cuerpo emplumado entero y se movían grácilmente y movían las pechuguitas de un lado para el otro… y la colita… y todo lo *pájaramente* movible.

Por las noches, los cuatro regresaban a su hogar… o el que habían designado como su hogar en esta aventura, la ventana del humano. Malo y Bueno miraban cada noche el espacio designado para Blanquita, pero desde varios días atrás estaba vacío. Claro que tenían remordimientos, claro, pero eran más las ansias locas de pernoctar con las pájaras gemelas diabólicas.

Blanca se había regresado al nido, a la ciudad, a su nave en la catedral.

VIII

Por fortuna ningún otro pájaro paracaidista habitaba su nicho, pero estaba triste, cabizbaja, no quería ir con sus padres y mucho menos ver a sus hermanos que siempre la hicieron menos como ahora también la estaban haciendo menos Bueno y Malo.

Pasó la noche ahí y pasaron algunos días más… y Blanca estaba metida en su nido, si acaso salía a comer algo, tomar agua; la señora de la silla de ruedas siempre le daba, así que no había problemas… con unos cuantos bocados de palomitas, cacahuates o maíz… lo que la señora trajera, con eso le bastaba, tampoco tenía tanta hambre.

Por fin Blanca se decidió y fue a su ver a sus padres. Al llegar al nido sólo encontró a su madre, su papá había ido a llevar un mensaje; antes había sido palomo mensajero y ahora lo volvieron a recontratar para trabajar unos cuantos meses, meses que le hacían falta para poder cotizar, jubilarse y recibir una pensión mensual.

Su madre le dijo: «Que qué era lo que tenía», porque vio poco brillo en sus ojos, poco brío en su ánimo, su plumaje no refulgía blancamente como siempre ni como antes. Blanca le dijo que «por el momento, no tenía ganas de muchas cosas», incluso, casi casi, le dijo: «Ni siquiera tenía ganas de venir aquí».

Y pasó. Su madre, como toda buena madre, empezó a preocuparse…

IX

Un día, Blanca no resistió más y fue de regreso al valle, por lo menos, a la ventana del humano. Él la reconoció enseguida al verle su patita, la empezó a acariciar y ella gorjeaba e inflamaba su palomo pecho muy horonda… El humano le dio a entender «que ella valía mucho y que esos palomos amigos suyos eran unos ingratos»… porque le sorprendió al humano verla sola… Le dijo que «no se preocupara… no eran ni los únicos ni los últimos y que, si la habían dejado ahí, sola y abandonada… entonces no eran en verdad sus amigos»…

Y esto último era cierto y recaló fuerte en el ánimo de Blanca… el resto de la tarde la pasó con el humano y, al otro día, volvió de regreso a la ciudad… a empezar otra vez. No logró ver de cerca a Bueno ni a Malo. Gorjear con ellos, en realidad, ese había sido el objetivo del viaje: gorjear, viajar, volar. Ser libres…

Este nuevo regreso al nido, después de despedirse del humano y de ver, a lo lejos, que Bueno y Malo seguían en franca luna de miel con las gemelas Ivonne e Ivette Olsen… no fue como la ocasión anterior, no, ahora su nido estaba ocupado y no por un palomo o paloma de esos que les llaman paracaidistas, que son quienes nada más ven un lugar vacío y sin trámites previos, sin nada, sólo se instalan y ya. No, no estaba ocupado por uno de esos. Sino que toda una familia estaba ahí, una familia con una historia, ocupando un lugar que, francamente, no estaba dispuesta a pelear, no ahora, no así, no sin ánimo y menos dejando en la intemperie a una pobre familia.

En un intercambio de miradas Blanca y la nueva inquilina, que protegía cuatro hermosos huevos que se veían listos para estrellarse, se dijeron todo, Blanca no podía despojar de ese cálido lugar a esa paloma con sus hijitos que todavía no nacían, estaban a punto de… pero todavía no nacían. Así que voló a otro lugar. La inquilina agradeció el noble gesto y continuó encubando esos huevitos.

En la misma enorme catedral, Blanca comenzó a vivir, el lugar puede albergar a muchas familias de palomas; otras, se posan en un largo cable que hay por ahí; alrededor de las cinco de la tarde hay una extensa reunión de palomas. Sólo que a las cinco de la tarde, «como dice aquel viejo poema de García Lorca», la señora de la silla de ruedas ya no se encuentra ahí.

En fin.

En esa misma catedral que ha sido testigo del paso del tiempo, de la historia de Colima, de huracanes, de lluvias, de temblores, del ir y venir de la gente… ahí, en ese mismo lugar, Blanquita empezó… empezó y se dio cuenta de todo lo bonito que tenía incluyendo a esa señora de la silla de ruedas que así, de la nada, les regalaba comida a ella y a todas las palomas que se juntaran.

Entonces comenzó otra vez a convivir con los compañeros y compañeras de su especie y, con algunos más que no eran precisamente sus iguales y lo disfrutó mucho. Disfrutó más cuando la gente se reunía en las noches en un festival del volcán a oír música y eso le gustaba a Blanca, porque se sentía plena, satisfecha, en armonía porque la gente también estaba tranquila, en

paz, disfrutando. Sí, la desvelaban, pero el festival sólo duraba algunas semanas… así que no era para tanto.

Pasaron unos cuantos meses y vio venir a unos palomos y, entre ellas, a las palomas gemelas presumidas y sangronas que se quedaron en el valle con Malo y Bueno, pero a ellos, a ellos nos lo vio.

Blanquita se metió a su nido a esconder, temerosa, no quería que la vieran, no por lo menos ahora que todo le estaba saliendo más o menos bien y se estaba reconociendo y reconociendo su lugar de origen.

Ahí, en su escondite, esperó el tiempo necesario hasta que se armó de valor y salió, altiva, con su patita cojeando pero altiva, dueña de la situación, más blanca que nunca, todo plumitas al vuelo, todo poder, todo un caso excepcional de histrionismo, y fue a encarar a las palomas gemelas que, dicho sea de paso, estaban haciendo lo que saben hacer mejor, coqueteando con el grupo de machos de la parvada con la que llegaron, sin embargo, se les veía desveladas, su cuerpo, aunque más joven que el de Blanquita, estaba medio "dado al catre", mucha juerga, mucha diversión en exceso no son nada buenas, mucha música y mucha fiesta. El caso es que las gemelas se veían muy destartaladas.

Blanca, entonces, se posó frente a ellas y les preguntó directo y sin ambages por sus amigos, ella sí era buena y sus amigos Malo y Bueno le preocupaban.

Las gemelas se quedaron pasmadas al ver que Blanca se veía hermosa… blancamente bella, *insoportablemente bella, bella*… amén de su patita. Ambas, gemelas sardónicas, se miraron, y pues no, nada las hacía verse como se veía Blanquita, ellas se veían desplumadas, sin brillo, envejecidas y no atinaban a decir

nada hasta que Blanca les hizo hincapié en su cuestionamiento.

Entonces, una de ellas atinó a decir que «a Bueno y Malo los habían atrapado y que ellas habían logrado escapar de purita suerte, que de seguro ellos estarían en manos de los humanos y padeciendo calamidades, segurito metidos en alguna jaula o cosa peor».

De seguro, dijo una de las gemelas y se voltearon a ver.

X

A decir de las gemelas, Malo y Bueno fueron llevados a la casona abandonada por la calle Belisario Domínguez, esa que parece embrujada, pero que no lo está. Entonces, Blanca dirigió sus aletazos justamente a esa zona, conocía muy bien su ciudad, era heredera de paloma mensajera, su padre mismo de cuando en cuando se dedicaba a ese asunto y, entonces, sin perder más oportunidad aleteó hasta la calle en mención. Blanca voló muy preocupada,

Las gemelas se quedaron ahí, impávidas, nunca se imaginaron ver a Blanquita otra vez, encontrarse nuevamente con ella, pero la vida es así, a veces da segundas y hasta terceras oportunidades.

Aunque no siempre. Vieron el vuelo perfecto de Blanca.

XI

Blanca vio la casona abandonada y tuvo miedo; esa casa impone, incluso al más o a la más valiente; hace muchos años fue un céntrico bar tirándole a disco, «La Belisaria», se llamaba así haciendo alusión al nombre de la calle donde se encuentra que es la Belisario Domínguez, quien fuera un político y médico mexicano que siempre se opuso a los ideales del general Victoriano Huerta, mucha historia sin duda en ese nombre, en esa calle, en ese lugar y en esa casona, casi frente a ella está la escuela Basilio Vadillo quien fuera un personaje importante también.

Blanca se introdujo a la casona, esperó que su vista se acostumbrara a la oscuridad y empezó a buscar para reconocer el sitio. Encontró todo derruido, mohoso, olía a humedad y todo estaba en el abandono total, plantas y hierba dentro del sitio, hierba por doquier, fauna nociva también, pero encontró restos de que alguien, posiblemente, estuviera viviendo ahí, claro, de paracaidista, porque encontró una bolsa para dormir, restos de comida, basura de humanos «papeles, bolsas, botellas y latas vacías, velas, cerillos, colillas y cajas de cigarros y una jaulita con sus dos amigos dentro».

Malo y Bueno estaban ahí, cabizbajos, tristes, meditabundos, en lo que hacía de una mesa de comedor; a su lado, había una mochila de donde salían muchos billetes, joyas, celulares… seguramente robados. De humanos, no había rastro alguno.

XII

Bueno y Malo ubicaron a Blanca y le comunicaron que los maleantes habían salido a comprar víveres y algo de comer. Blanca fue directo a eso que hacía de mesa en aquel cuchitril que tenían los rufianes que, dicho sea de paso, eran pájaros, pero otro tipo de pájaros, éstos eran pájaros de cuenta de una ola de crímenes y asaltos que se habían desatado, muy a últimas fechas, en la otrora tranquila y calurosa, ciudad.

A picotazos y aleteos, Blanquita trató de recorrer el seguro sin candado de la pequeña jaula donde estaban presos sus amigos. Y, aunque no merecían todo lo que estaba haciendo Blanca por ellos por haberla cambiado por esas gemelas sin chiste, ella no era rencorosa y pensó que estar preso, tras las rejas, sería terrible. Si ya estar *preso en las redes de un poema* era terrible, estarlo en una jaula era mil veces peor.

Sin embargo, cuando estaba a punto de lograr su cometido, uno de los malhechores trató de hacerla su prisionera también, pero Blanca logró escapar, volaba perfecto, sus alas eran maravillosas.

Malo y Bueno aprovecharon el descuido del sujeto y el aleteo en el interior de la casona, y entre ambos completaron el trabajo que había iniciado Blanquita, pero desde adentro la tarea parecía doblemente complicada y más o menos lo fue, pero trabajaron en equipo y lograron salir del encierro en que se en-

contraban por culpa de un descuido cuando fueran presos por este par de asaltantes que, al estar festejando el último robo, optaron por tener de mascotas a dos inocentes palomas que estaban ebrias de todo y así darle uso a esa jaula que habían robado de un casa.

El tipo que estaba tratando de atrapar a Blanca que, dicho sea de paso, volaba bajo atrayendo su atención, no se dio cuenta cuando los palomos abrieron la jaula y volvieron a sentir el poder de la libertad.

Entre los tres palomos intentaron huir, pero el malhechor sacó de sus pertenencias una navaja de esas de marca suiza y que traen destapador, lupa, sacacorchos, era toda una navaja multiusos, pues, y trató de encajar en el cuerpo de Blanca como diciendo que, si no eran de él «refiriéndose a toda la parvada», no serían de nadie y menos se irían tan fácilmente y le dio un ligero puntazo.

Malo y Bueno revolotearon más y más fuerte y ayudaron a Blanquita que había sido herida y la sacaron de ahí; el rufián se quedó con su fortuna, sí, pero sin la felicidad que estas aves le podrían brindar.

Otra vez la jaula, esa jaula donde estuvieron Bueno y Malo se estaba quedando sin uso.

XIII

Blanca pidió que la llevaran a su nido en la catedral. Malo y Bueno le dijeron que tenía sangre, sus plumitas se mancharon de rojo, rojo carmesí, rojo diablo, rojo Toluca, rojo profundidad y vicios mundanos como la *Coca-cola* y los *Marlboro* rojos muy rojos.

Blanca les dijo que no importaba, que la llevaran.

Los tres volaron con ese rumbo y, al llegar, colocaron a Blanquita en ese nido hecho a base de lodo, ramas, hojas secas… ambos fueron por agua, algo de comida y dejaron a Blanca solita, tendida.

Cuando regresaron, blanca estaba tirada en el suelo, en el vil suelo, en el calor del suelo. La señora de la silla de ruedas se había ido, era la hora de más e intenso calor en la ciudad, la hora también donde el centro se quedaba vacío por un momento, para volver a llenarse de gente por la tarde, en el fresco de la tarde.

Blanca no quiso que fueran a pedir ayuda, decía que era mejor que la dejaran así, ahí, que estaba descansando, la herida era más profunda y letal de lo que ambos palomos suponían. Entre los dos la subieron a su nidito y dispusieron de lo que habían llevado para poder curar la herida y que Blanca comiera… «aunque sea alguito», dijo uno de ellos.

A los papás de Blanca nadie les había informado del suceso y mejor así, era preciso esperar, los minutos que venían eran importantes para saber del estado de salud de su amiga.

Al anochecer, Blanca empeoró, se puso muy mal, había perdido mucha sangre, más de lo que todos se imaginaban, estaba, ahora sí, blanca, pálida, resoplaba mucho, no decía nada, ni pío dijo, y pues no, no podía decirlo porque no era pollo, era una paloma, así que lo último que les expresó a sus amigos fue: «Allá los veo, adiós».

Casi sus últimas palabras fueron como las de Isadora Duncan que, al morir, instantes antes, dijo: «Adiós, amigos míos, me voy a la gloria, me voy al amor».

Blanca cerró sus ojitos y, literal, clavó el piquito. Una soledad intensa embargó a los dos amigos que vieron el último suspiro que dio Blanquita, cubrieron su cuerpo con ramitas ahí mismo, en su nido y, ahí mismo, la dejaron, parecía que dormía plácidamente y con su cuerpo lleno de plumas blancas que se veían, cosa rara, espectaculares.

Los amigos se quedaron, cerca del cuerpo… más bien del nido de Blanca, nido que taparon perfectamente hasta que Blanca se hiciera todo… o nada… según se quiera ver. Sólo bajaban de cuando en cuando para comer y beber algo de agua.

La señora de la silla de ruedas no sé si extrañaba su presencia, eran tantas palomas que, casi casi parecía imposible reconocerlas a todas, pero a Blanca seguro que la reconocería porque, ahora sí, cojeaban del mismo pie, padecían de lo mismo, la señora en su silla de ruedas y Blanca con su patita maltrecha desde nacimiento.

Los padres, los hermanos de Blanca, tomaron la noticia con furor, furia, arrebato y terriblemente, todos se echaban la culpa entre todos, pero se dieron cuenta de que los únicos culpables eran ellos mismo, sobre todo los hermanos al relegar a Blanquita a… pero ya nada se podía hacer, nada se podía hacer…

XV: Epílogo

Los palomos seguían y siguieron por mucho tiempo ahí, con Blanca, en su lecho, en su nicho, en su última morada, jamás se volvieron a separar y jamás se volvieron a fijar en paloma alguna.

Pasaron los días y, viejos y cansados, los palomos se fueron volando al valle donde fueron felices por última vez, última y única vez con Blanca y con esas gemelas malditas… y ahí murieron ambos… en el abandono, lejos de Blanca y de la ciudad capital que los vio nacer, crecer y sí, enamorarse de Blanca, *la paloma*…

Blanca, la paloma, de Alberto Llanes, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en diciembre de 2023. En la composición tipográfica se utilizó la familia Charter BT. El tamaño del libro es de 28 cm de alto por 21.5 cm de ancho. Programa Editorial: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: Inés Sandoval Venegas. Portada: Víctor Hugo Gaytán con ilustraciones de Alfonso Cabrera. Diseño de interiores y cuidado de la edición: José Augusto Estrella.

Blanca, la paloma es un cuento que te lleva por los pintorescos lugares de Colima a través de los ojos del animal más representativo del centro de la ciudad: las palomas.

Con un carisma y humor característicos, Alberto Llanes nos hace reflexionar sobre la empatía y el respeto hacia el prójimo o, como diría él, al *palójimo*.

J.E. Arreola

Alberto Llanes

Editor, profesor, tallerista y escritor, entre otras cosas que tienen que ver con el hermoso acto de leer y escribir. Con este pequeño cuento, Llanes pretende llegar a otro público, el infantil-juvenil y deshacerse, aunque sea un poquito, de su fama de escritor perverso y erótico.

ISBN 978-607-8814-94-7

9 786078 814947

UNIVERSIDAD DE COLIMA